

LA PRESENCIA OLMECA EN MESOAMERICA DURANTE EL PERIODO FORMATIVO: UNA EVALUACION PERSONAL

Richard A. DIEHL
Universidad de Alabama (Estados Unidos)

La larga historia precolombina de Mesoamérica estuvo formada por muchas épocas de evolución y cambios dramáticos. Sin embargo, pocas épocas son tan fascinantes y proporcionan tan grandes retos como el milenio que transcurrió entre los años 1500 y 500 a.C. (antes de Cristo). Los arqueólogos dividen esta etapa en dos períodos: Formativo Temprano y Formativo Medio. Durante estos siglos, la población de Mesoamérica se multiplicó muchas veces y se hizo más compleja; surgieron centros políticos allí donde ninguno había existido antes. No sólo esto, sino que apareció por primera vez el sorprendente tejido de creencias religiosas, arte y cultura elitista que caracterizaron a las sociedades indígenas de los mexicas y mayas hasta mucho después de la conquista española. En pocas palabras, podemos ver una transformación profunda de pequeñas sociedades igualitarias en sociedades situadas ya en el umbral de la civilización urbanizada. Los factores que motivaron esta transformación han preocupado a generaciones de antropólogos e historiadores del arte y sin duda estos mismos factores continuarán guiando a la investigación durante los años venideros.

En esta ocasión quiero comentar lo que aconteció durante esos mil años y por qué aconteció así. Empezaré por comparar las culturas que existieron a principios del período con aquellas culturas que se desarrollaron a fines del mismo período. Después me dirigiré a la cuestión de por qué ocurrieron estos cambios, poniendo un énfasis especial en la cultura olmeca del sur de Veracruz y Tabasco y su papel en aquel proceso. Haré uso de muchos sitios arqueológicos que servirán como material ilustrativo, pero no discutiré a ninguno de ellos en detalle. Más bien quiero dar a ustedes una visión amplia de las culturas del Período Formativo y las bases que estas culturas dieron a las civilizaciones Clásicas y Postclásicas, las cuales discutirán mis colegas durante el transcurso del día.

MESOAMERICA FORMATIVA

El Período Formativo comenzó en Mesoamérica como un mundo de pequeños pueblos, basados en la agricultura de subsistencia y con sistemas sociales igualitarios. Este modo de vida representaba el producto final de varios milenios de evolución cultural, milenios durante los cuales los cazadores y recolectores nómadas domesticaron plantas y las cultivaron al mismo tiempo que gradualmente establecían un patrón de residencia durante todo el año en la misma comunidad. Estas costumbres, determinadas por la vida en los pequeños pueblos, permitieron una cultura de campesinos rica y viable, que ha persistido en el México rural hasta el siglo XX. Estas culturas sobrevivieron al surgimiento y la caída de civilizaciones, las invasiones de conquistadores del Viejo Mundo, revoluciones políticas y los esfuerzos de los misioneros religiosos y seglares.

Las familias del Período Formativo vivieron en casas hechas de palos y techos de paja muy similares a la casa maya del Yucatán moderno. Agrupamientos de estas casas formaron villas o aldeas que proliferaron por dondequiera que se encontraran tierras propicias para el cultivo. El maíz era la base de la alimentación y durante el Período Formativo las mujeres, como muchas de sus descendientes en el siglo XX, pasaban largas horas cada día desgranando mazorcas, moliendo el maíz en metates de piedra y preparando tortillas, tamales y otros alimentos.

Frijoles, calabazas, chiles y otras plantas cultivadas en los campos y en los huertos familiares suplementaban las raciones diarias de maíz. La tierra de cultivo era relativamente abundante y los territorios de caza estaban a la mano. La carne de venado, conejos, pájaros y perros domesticados ayudaban a balancear la dieta y le añadían variedad. Debido a que estas sociedades igualitarias carecían de gobernantes, burócratas y recaudadores de impuestos, las familias podían disponer de la mayor parte de la cosecha para su propio consumo. De hecho, la abundancia de abastecimientos alimenticios en tiempos normales probablemente proporcionaron a los habitantes de estos pueblos una dieta más variada y rica que la de sus descendientes, los campesinos de civilizaciones posteriores.

La tecnología del Período Formativo y la cultura material eran relativamente simples pero admirablemente adaptadas a las necesidades de la gente. El barro se convertía en recipientes de cerámica y en figurillas con efigies de humanos y animales que tanto placer estético nos causan. Piedras para moler llamadas metates se usaban para procesar el maíz. Instrumentos para raspar y cortar se hacían de obsidiana y cuarzo mientras que agujas de hueso y herramientas hechas de cuernos de venado para desgranar maíz, eran parte de la herramienta de uso diario en cada vivienda. Objetos realizados en materiales perecederos tales como madera, mimbre y fibras naturales deben

haber sido muy comunes pero los arqueólogos raras veces se encuentran con ellos.

Sabemos muy poco acerca de la religión en las primeras etapas del Período Formativo. Sin embargo, los entierros de seres humanos que están acompañados por vasijas y estatuillas de barro nos proporcionan emocionantes visiones de una rica cultura espiritual.

Las figurillas de hombres ataviados con galas de jugador de pelota nos sugieren los rituales del juego tan comunes en épocas posteriores. Estos jugadores en ocasiones llegan a sostener en las manos pelotas en miniatura. Desafortunadamente, desconocemos los rituales del ciclo de vida, la cosmología y la mayor parte de las creencias que deben haber formado parte del núcleo de la religión.

Si bien las características descritas anteriormente ayudan a formar un cuadro mental del modo de vida de una aldea del Período Formativo, es igualmente instructivo recordar cuántas cosas todavía no existían en ese tiempo. No había ciudades, clases sociales, burocracias civiles o religiosas, gobernantes, mercaderes de tiempo completo, ni maestros artesanos. La rudimentaria arquitectura no incluía edificios de piedra, montículos de tierra ni decoraciones de piedra labrada o esculturas. Los sistemas de escritura y el alfabetismo eran desconocidos y las guerras de conquista, los estados y los imperios eran cosas del futuro.

Para el año 500 a. C., Mesoamérica ya era un mundo diferente del descrito anteriormente. Las diferencias más importantes estaban en el campo de la organización social. Las sociedades igualitarias antiguas habían sido reemplazadas por jerarquías en las cuales pequeñas elites ejercían autoridad social, económica, política y aun religiosa.

Las nuevas elites dejaron muchas huellas que ayudan a identificarlas en el registro arqueológico. Sus casas eran más grandes y más elaboradas que las pertenecientes a otra gente. Ellos se hacían cargo de la construcción de templos en montículos de tierra, como el Gran Montículo de La Venta y otros edificios públicos, con labor de gentes reclutadas. Sus imágenes fueron captadas en piedra, como ciertas esculturas de La Venta y San Lorenzo, y organizaron el comercio a larga distancia, lo que les permitió adquirir conchas marinas, espinas de mantarraya y objetos de jadeíta, exótica y altamente apreciada. Su alto estatus social no cesaba ni con la muerte; iban al más allá acompañados de ricas ofrendas colocadas en sus tumbas.

Los viejos modos de vida de las aldeas continuaron floreciendo dentro de los nuevos sistemas sociales, pero las reglas de la vida cambiaron. La nueva riqueza de la elite no apareció por arte de magia; ésta tuvo que ser creada a través de los esfuerzos de todos y entregada a quienes la reclamaban. Ahí están los orígenes de los impuestos y de los recaudadores de impuestos, aquellos portadores infalibles de la civilización. Una pequeña medida de maíz, unos

cuantos días de trabajo, o el reclutamiento para una campaña militar, las exigencias siempre aumentaron con el tiempo.

Ahora que ya hemos examinado los cambios que tuvieron lugar durante el curso del Período Formativo, vayamos a las causas detrás de esos cambios y preguntemos, ¿por qué ocurrieron? Ya que no hay evidencia absoluta de migración o de forasteros recién llegados, podemos reducir nuestra búsqueda a México y a la parte norte de América Central. Cuando examinamos los restos arqueológicos de esta vasta región, una cultura formativa se presenta más precoz y más altamente desarrollada que ninguna otra. Llamamos a este pueblo los olmecas. El corazón del territorio olmeca abarcaba una región relativamente pequeña de los estados de Veracruz y Tabasco, donde encontramos impresionantes sitios arqueológicos tales como San Lorenzo, La Venta, Laguna de los Cerros y Tres Zapotes.

El alto desarrollo de la cultura olmeca es evidente en los restos de estos sitios: la impresionante arquitectura, cientos de esculturas de piedra, ofrendas sepulcrales de jadeíta y otras piedras verdes, y el distinto estilo del arte olmeca, el más antiguo estilo definido que se ha encontrado en Mesoamérica. Aún más significativo para los antropólogos y otros sociólogos son los complejos sistemas sociales sugeridos por estos restos arqueológicos. No se ha encontrado nada a esta escala en ninguna otra parte de Mesoamérica hasta mucho después de 500 a. C.

Algunos estudiosos creen que además de ser los líderes culturales e innovadores de su época, los olmecas tuvieron un marcado impacto en sus vecinos de otros lugares de México y Centroamérica, y que crearon un legado duradero, una tradición que influenció fuertemente a culturas precolombinas posteriores. No todos están de acuerdo con estas ideas, y una de las maneras fáciles de organizar un buen argumento en una conferencia arqueológica es el mencionar a los olmecas y empezar de nuevo lo que podría ser llamado el Gran Debate del Legado de los Olmecas, uno de los espectáculos más duraderos en la arqueología de Mesoamérica.

Los debates científicos pueden ser comparados con campos de fútbol. Tienen dos metas bien defendidas, separadas por un amplio campo central donde sucede la mayor parte de la acción, y como en el fútbol, la acción puede dejar a los jugadores llenos de moretones. En nuestro debate olmeca tenemos dos equipos, la Pandilla de la Cultura Madre y los Socios a Partes Iguales defendiendo vigorosamente sus metas. Sin embargo, la analogía del campo de fútbol no puede ser llevada muy lejos, porque la mayoría de los científicos no pertenecen a ninguno de los dos equipos, sino que ocupan un amplio término medio.

Dejando a un lado las analogías, este es un importante debate con importantes implicaciones para nuestro entendimiento de la evolución cultural. Civilizaciones verdaderamente independientes y distintas se desarrollaron sola-

mente en unas cuantas partes del mundo, incluyendo Mesopotamia, Egipto, el Valle del Indo, China, América del Sur en los Andes y Mesoamérica. En Mesoamérica, los pasos cruciales se dieron durante el Período Formativo. Si entendemos lo que pasó en esa época, podremos añadir una importante pieza al rompecabezas universal de cómo cambian las culturas humanas y por qué. Ya nos estamos acercando a esa meta, pero todavía existen muchos desacuerdos que tienen que ser resueltos.

Los arqueólogos y los historiadores partidarios del concepto de la Cultura Madre creen que los olmecas fueron los progenitores de la civilización mesoamericana. Matthew Stirling y Miguel Covarrubias comparten el honor de ser los primeros en formular esta idea. Las raíces del concepto de Cultura Madre datan de 1939, cuando Stirling terminó su primera temporada de exploraciones arqueológicas en Tres Zapotes, Veracruz. El fue a Tres Zapotes en busca de los olmecas, creyendo que eran una cultura muy antigua y desconocida. Su creencia, aunque basada en una habilidad intuitiva para estimar la antigüedad del estilo artístico olmeca, resultó acertada. También contó con mucha suerte, la clase de suerte que normalmente suele acompañar a los que siguen corazonadas bien formuladas.

Durante aquella primera temporada en el campo, redescubrió una cabeza colosal olmeca ya conocida y también tuvo la buena fortuna de descubrir la Estela C. Esta estela fragmentaria tiene lo que ahora reconocemos como una cara o máscara epi-olmeca labrada por un lado y con una fecha al estilo mesoamericano de Cuenta Larga, expresada en barras y puntos, por el otro. Stirling interpretó la fecha como el año 291 a. C. y declaró que la Estela C es el monumento más antiguo en el Nuevo Mundo cuya fecha es conocida. Por consiguiente, propuso que los olmecas fueron la civilización mesoamericana más antigua, encendiendo de esta manera una chispa. Miguel Covarrubias pronto añadió leña muy impresionante al fuego.

Además de ser uno de los artistas mexicanos con más talento del siglo XX, Covarrubias fue autor, antropólogo autodidacta, coleccionista y conocedor, y probablemente nadie ha entendido mejor que él el arte olmeca desde la desaparición del último olmeca hace más de 2500 años. Promovió intuitiva pero persuasivamente la idea del estilo artístico olmeca como la raíz y fuente de donde procedían todos los demás estilos mesoamericanos que se desarrollaron posteriormente. En épocas recientes, el concepto de Cultura Madre se ha refinado considerablemente, en especial gracias al arqueólogo Michael D. Coe.

La esencia del concepto actual de la Cultura Madre se puede expresar con estas tres ideas:

- 1) las características básicas del arte mesoamericano, de la expresión religiosa y de la cultura elitista aparecieron primero entre los olmecas de la Costa del Golfo,

- 2) Ellos pudieron introducirlas al resto de Mesoamérica, donde
- 3) éstas se volvieron el patrón o molde para las culturas posteriores.

La segunda idea, que dice que estas tradiciones se extendieron por el resto de Mesoamérica, se ha propuesto como una explicación de que se hayan encontrado motivos y objetos olmecas fuera del corazón del área olmeca. Estos incluyen dibujos en cerámica, como se conoce en ejemplos provenientes del valle de Oaxaca; y figurillas olmecas u olmecoides, procedentes de Las Bocas, en Puebla. En algunos lugares tenemos piedra tallada al estilo olmeca, como la famosa piedra de El Rey, en Chalcatzingo, Morelos, y monumentos independientes como el situado en Xoc, Estado de Chiapas. Por último, ¿quién podría pasar por alto los pequeños y maravillosos objetos de jadeíta y de otras piedras semipreciosas como el jaguar sentado, proveniente de Necaxa, Puebla, que Covarrubias dibujó?

Aquellos que proponen la idea de la Cultura Madre atribuyen la difusión de estas características y de estos objetos a una variedad de procesos; éstos incluyen el comercio, la búsqueda de recursos exóticos, las conquistas militares, o el fervor religioso. También dan por sentado que los olmecas dominaron las relaciones con los grupos nativos de cada región.

El tercer punto que abarca el concepto de Cultura Madre es la idea de que todos los estilos artísticos y civilizaciones posteriores de Mesoamérica brotaron de una matriz olmeca. Miguel Covarrubias nos ha dado un impresionante ejemplo de esta teoría con su famosa genealogía de las deidades mesoamericanas de la lluvia, una gráfica que traza el desarrollo de los dioses del agua desde un ancestro olmeca hasta llegar al Tláloc azteca, el Chac maya, el Cocijo de los zapotecas, además de otros.

El concepto de la Cultura Madre aumenta y disminuye en popularidad, pero nunca le faltan críticos. Sus primeros enemigos dudaron de la gran antigüedad que Covarrubias y Stirling le atribuían a la cultura olmeca. No se le acababa de secar la tinta al artículo de Stirling en la revista *National Geographic*, donde informó sobre la Estela C, cuando J. Eric Thompson, el más prestigiado especialista del siglo XX en la cultura maya, lanzó una refutación; en ella rechazó la interpretación tan antigua que se le dio a la fecha de la Estela C, reiterando la primacía de los mayas como los fundadores de la civilización mesoamericana, y relegando a los olmecas a la categoría de una variación secundaria de la cultura Clásica que no había sido reconocida anteriormente.

Algunos, incluyendo a Phillip Drucker, el colaborador arqueológico de Stirling, aceptaron esta interpretación errónea hasta que aparecieron en 1956 las primeras fechas tomadas en asentamientos olmecas por el método del Carbono 14. Aquéllas situaron la caída de La Venta en el año 400 a. C., siete siglos antes del período Clásico, y debieron haber acabado con las disputas cronológicas. Sin embargo, algunos de nosotros los mesoamericanistas somos

amantes de la contienda, y aún ahora unos cuantos intransigentes rehúsan aceptar la evidencia arrolladora de la antigüedad de la cultura olmeca.

La escuela de los Socios a Partes Iguales, como la llamó el arqueólogo Paul Tolstoy recientemente, constituye el desafío moderno más serio al modelo de la Cultura Madre. Sus partidarios sostienen que sociedades formativas en muchas partes de Mesoamérica evolucionaron al mismo tiempo y que por tanto no se puede dar crédito o prioridad a una única región, sociedad o grupo lingüístico. Prefieren ver cada caso como una respuesta independiente a factores locales que le debieron poco o nada a la influencia de los olmecas de la Costa del Golfo. No niegan la clara evidencia de que los olmecas hayan tenido contactos con grupos en otras regiones, pero más bien minimizan su importancia. De la misma manera, le restan énfasis a la influencia de los olmecas sobre civilizaciones posteriores, y prefieren verlas como productos de sus distintos ambientes y antecedentes históricos.

No existen soluciones fáciles a estas controversias, y yo me niego a tratar de convencer a ustedes de que una u otra escuela esté en lo correcto. Yo me sitúo en lo que algunos llamarían el Término Medio de los Cobardes. Por un lado, para mí es evidente que los olmecas de la Costa del Golfo les llevaron la delantera a sus contemporáneos en la mayor parte de las áreas de desarrollo cultural durante una buena parte de los Periodos Formativos Temprano y Medio. Esta ha sido mi opinión por mucho tiempo y las investigaciones del doctor González en La Venta refuerzan mi convicción.

Sin embargo, los datos reunidos en el centro de México y en Oaxaca en los últimos veinte años dan fuerte apoyo a la escuela de los Socios a Partes Iguales en la cuestión de la influencia de los olmecas sobre sus pueblos vecinos. Estos datos me indican que los cambios que ocurrieron en esta época realmente fueron en respuesta a condiciones y procesos locales.

Por último, aunque está claro que los olmecas dejaron huellas de algún tipo en las culturas que vinieron después, es muy difícil comprender el carácter del impacto que tuvieron. Como ya he dicho anteriormente, pienso que son procesos y condiciones locales los que ocasionaron el surgimiento y la caída de las civilizaciones mesoamericanas.

En mi presentación he hablado sobre mil años de historia y sobre un episodio notable de desarrollo cultural. Ninguna de las personas que participaron en este proceso se dieron cuenta de que estaban haciendo historia, ni pudieron siquiera imaginar las brillantes civilizaciones urbanas que crecerían a raíz de sus esfuerzos. A pesar de ello, les proporcionaron una base sólida para el futuro. Espero que mi presentación haya logrado el mismo resultado, al tratar de proveer un fundamento para las demás conferencias de hoy.